

EL DOLOR
MEXICANO.

Ya hemos traspuesto la línea del estupor. De la mentira ambiente, sacad, mexicanos, criollos o indios, conscientes o ignaros, la verdad luciente. De los gritos, de los gestos, de los estertores, sacad piedad, pero no la piedad asesinada en la frente noble y bendita de Madero, sino la piedad robusta que castiga al que no tiene piedad.

El México que dejó el General Díaz padece de una extrema postración cívica, no obstante las convulsiones que lo agitan. Sus héroes son tanto más grandes, su sacrificio tanto más admirable, cuanto más seguros están de la ingratitud, del olvido En otros pueblos, los Serdán, los Madero, los Pino Suárez, los Bassó, los Abraham González, los Marcos Hernández, los Mendoza, los Domínguez, los Argüello, tantos otros, tendrían ya en vibración a todas las cuerdas de todas las liras. Como la música, la gloria necesita cantores o ejecutantes que la interpreten, pero en México han muerto los cantores después de haber ensuciado su plumaje en el pantano . . .

Reyismo, felixismo, orozquismo, todohuertismo. Para bautizar una idea con el nombre de una persona, precisa como primera condición que esta idea contenga una DOCTRINA y que la persona de quien toma el nombre, la conciba, la propague, la defienda, la encarne, permanezca dentro de su lógica y se erija, en fin, en apóstol de ella. Por eso se dice cristianismo, budismo, darwinismo, como se dice voltairiano, jacobino, wagneriano, marxiano, tolstoiano. México ha tenido grandes libertadores como Hidalgo y Morelos; grandes reformadores

como Juárez y Lerdo, grandes patriotas como Ocampo, pero un sólo apóstol: Madero. Madero es el primer evangelista y el primer mártir de la libertad y la honradez política tanto más grande, cuanto que, gobernante, practicó la libertad y la honradez política en lo que humanamente tenían de practicable en un país enfermo de cobardía y de incivismo, y el haber practicado lo que se creyó impracticable, lo convirtió en mártir de la idea de la cual fué apóstol. Como Cristo, Madero tuvo sus fariseos. Los odios que provocó, tuvieron análogas causas. Madero es un apóstol perfecto porque llenó las tres esenciales condiciones:

MISION, MODELO, EJEMPLO.

Por la pureza de su vida, la sinceridad de su palabra, la lógica de su acción y la originalidad de su ensayo democrático, sobrepujó en idealismo a todas las grandes figuras contemporáneas. Su biografía es la historia de la emancipación mexicana, porque su doctrina contiene, dentro de un "medio" político, el "fin" supremo de la redención india. Su personalidad, surgida un siglo después de la de Hidalgo, representa al hombre perfecto, por la imitación del cual, y por ningún otro medio, encontraremos la paz verdadera. Madero es el Maestro. ¿Quién en su época igualó su virtud, su simplicidad, su audacia, su firmeza, su heroísmo? Y, ¿quién como él, conmovió a los simples? ¿Qué benignidad, qué caridad, qué mansedumbre supo acercarse mejor a ellos? El hubiera querido como Rousseau, "que la voluntad del pueblo fuera el único poder sobre la tierra;" él hubiera querido, como Guzmán Blanco, "una escuela en cada calle." Su tolerancia religiosa, como su transigencia política, jamás fueron igualadas por ningún gobernante, como su nacionalismo y su futurismo fueron también incomparables. Madero es la figura central, esencialmente representativa de esta gran época. Todo el espíritu nacio-

nal se concentra en él. Formulada en el dogma del sufragio popular y la alternabilidad del gobierno, su doctrina encierra como matemática consecuencia la redención y el resurgimiento de la gran familia azteca y la creación, por ende, de la verdadera patria mexicana... Locura, dicen algunos. Sí, locura, pero como Facundo, el de la epopeya de Sarmiento, Madero es el califa nómada que trae a su país, enfermo de autocracia y de incivismo, la promesa de un mensaje divino. La locura de Cristo, la de Juana, la de Vicente de Paul... ¿Que se adelantó a su época? El progreso ignora los siglos y las horas. El progreso es un trabajador continuo y ciego: cuenta el tiempo por el tiempo mismo. Las plantas crecen, se multiplican y el mundo marcha sin detenerse. El pensamiento sólo se detiene con el sueño, con el letargo o con la muerte. Madero no pretendía "realizar" sino "empezar." Y empezó "realizando." Toda su política pone de manifiesto esta tendencia. Además, ¿por qué no hubiera realizado Savonarola o Wiclef lo que realizó Lutero? ¿Y Juan Bautista lo que realizó Jesús? Los precursores son los exelsos fracasados del progreso humano. Pero Madero no fué un profeta que predice por inspiración divina, ni un precursor que prepara los actos, la existencia de otras cosas humanas: Madero fué un transformador, un *realizador*. Su CONCEPCION, su EXPRESION, su ACCION culminaron en la obra que, si fué cortada cuando empezaba a producir sus frutos, no fué por ello menos positiva. ¿Qué obra *realizó* Madero? No lo preguntéis al oficinista, ni al estudiante, ni al profesionalista, ni al publicista, ni al militar, ni al negociante. Desdenad a estos esclavos que jamás aspiraron a derechos políticos ni a mejoramiento social alguno. Preguntadlo al obrero, a toda la gran falange de trabajadores urbanos, de obreros fabricantes y labradores de los campos. Preguntadlo a los abandonados, a los desvalidos, a los perseguidos que son la masa. Preguntad, sobre todo, a los proletarios conscientes, quién es el autor de su Breviario. Preguntad a toda la presente ge-

neración de ferrocarrileros, de artesanos, de peones, a todo ese conjunto de hombres que forman el verdadero músculo de la nación mexicana, cuáles son sus derechos, dónde están sus derechos y por qué perdieron sus derechos. Preguntados si Huerta, al soltar el puñal traidorero, no se ocupó inmediatamente de abolir todos los derechos fundamentales de los gremios, de estorbar y aun disolver sus sindicatos, sus agrupaciones; de violar sus garantías afiliándolos por la fuerza bruta en las horas de sus sicaltos para obligarlos a batirse con sus saladores, con sus hermanos; de perseguirlos por todos los medios y todas las formas del bandillaje vestido de gendarmerie.

Esos abusos, esas arbitrariedades fueron los que hicieron llorar a Madero, los que lo llevaron a la acción. Solo una verdad nos lleva a la acción: la que nos hace llorar. Un apóstol es un gran Entusiasta.

El apóstol remueve las fuerzas sociales, formula sus necesidades; pero las grandes transformaciones solo las produce el malestar público y el empuje de las circunstancias. El apóstol no es el agitador. El agitador excita a un grupo, conmueve a las multitudes, pero jamás marcha a su cabeza en los momentos de peligro. El apóstol personifica la idea, encarna la aspiración común y se inmola por ella en cualquier momento, porque sabe que su sacrificio será fecundo. La gloria o la responsabilidad de Madero están estrechamente ligadas a la responsabilidad o la gloria del pueblo mexicano.

Toda sociedad es responsable de la indisciplina de sus desheredados. En toda sociedad cuya clase directora no se ocupa del mejoramiento de sus clases productoras, la revolución existe. De la protesta interna a la insurrección declarada, no media más tiempo que el que un hacha tarda en caer o un hachón en encender.

El hachón de Madero fué una antorcha. Y también un pebetero. Alumbrió y perfumó. Pero a menudo, no es sino después de la muerte cuando las buenas inspira-

ciones se extienden como un suave perfume alrededor de la tumba... (1.)

Un régimen que se compone de dos clases: una clase privilegiada y otra que está sujeta a ella, un régimen tal, tiene un nombre, se llama *régimen aristocrático*. Este sistema puede ser defendido en nombre de principios que durante siglos parecieron buenos y lo parecen aún hoy día en muchos países, cuando se trata de una casta física o moralmente superior y otra inferior; cuando se crea una nobleza entre los hombres que han derramado su sangre, han defendido el suelo patrio y mostrado cualidades de valor y de voluntad que los hacen físicamente superiores a sus compatriotas, (2) o bien, en un sentido más moderno, cuando para ejercer funciones superiores se seleccionan los directores entre una "élite" de hombres cuya cultura, talento o carácter los distingue como más aptos para la dirección de los negocios públicos, lo que es más razonable y ha llegado a establecerse en las modernas democracias.

Pero cuando en un país como México, esta superioridad de la clase aristocrática no existe sino ilusoriamente, por la fuerza de las cosas establecidas, por recientes espoliaciones o por ese lejano ayer que se llama la "tradicición;" cuando esa dominación no es debida a servicios prestados por sus familias a la nación en otros tiempos o por las cualidades superiores de ellos mismos; cuando es debida *exclusivamente* a sus abusos o a los abusos de sus antepasados, encomendados y negociantes de la antigua colonia, semejante orden de cosas

(1.) Este artículo apareció en uno de los primeros números de "El Liberal."

(2) En las antiguas monarquías, se llamaba "patricismo" al valor con que los privilegiados defendían el territorio usurpado en el cual ejercían opresión sobre sus siervos. Cuando el país estaba amenazado, no podían razonablemente contar con la ayuda de los oprimidos para protegerlos contra el extranjero. Los castellanos de la edad media y la nobleza de las monarquías absolutas, tuvieron al menos la gloria de no haber nunca rehusado su sangre para el servicio de su rey o el mantenimiento de sus privilegios.

no debe seguir existiendo porque su mantenimiento es inicuo y contrario a la paz pública.

*
* *

“Todo el mundo estaba espantado de la desorganización universal. Se quería un gobierno.... A muchos parecía que la sociedad caía hecha polvo y se disipaba a los cuatro vientos. Había prisa en reunir, de grado o por fuerza, estos elementos indóciles, en reconstruir la unidad de un nuevo edificio social.... Los políticos gritaban: “¡pe-recemos!” El campesino sonreía.”

“Como la nueva creación era vasta y complicada, justamente por eso era mal comprendida. No se percibía sino el azar, el desorden exterior; no se alcanzaba a ver el orden profundo que la naturaleza sabe alcanzar en el fondo de sus obras. Lo que espantaba era precisamente la complicación del fenómeno y allí estaba su fuerza.”

Estas palabras de Michelet, que se refieren a la Revolución Francesa, pueden aplicarse en toda la fuerza de su sentido a la Revolución Mexicana.

Las tierras mexicanas se encuentran en manos de un pequeño grupo de individuos, herederos del privilegio colonial o favorecidos por los regímenes que, bajo diversas etiquetas, han venido gobernando al país desde Iturbide. Estos favorecidos se han repartido el territorio en porciones tan grandes como algunos estados europeos, y su tiranía sobre las clases laboriosas, dentro de sus pertenencias, es mucho más absoluta que la de los antiguos “Señores” europeos sobre sus siervos.

Si este feudalismo criollo, más pernicioso aún por su apatía que por su crueldad, estuviera representado por individuos “de raza ruda, toda masculina, de fuerza bruta”, según la definición de Emerson, comprenderíamos su persistencia. Si los grandes poseedores del inmenso latifundio mexicano tuvieran una ética superior, una mentalidad más elevada que el gran resto de los que

componen la nacionalidad mexicana; si estuviese constituido por los más capaces, los más fuertes o los más justos; si a la vez que los privilegios y las bonanzas tuvieran el sentimiento de sus responsabilidades y cumplieran con sus obligaciones amparando y mejorando la condición de los infelices despojados convertidos en siervos; si el origen de su patrimonio fuese otro que el abuso colonial o criollo; si representase otra cosa que el estrecho y atrasado espíritu español deprimido por la holganza y el lujo; si hubiera producido otra cosa, en cien años, que sangre y ruinas; si el feudalismo criollo, como el antiguo feudalismo europeo, tuviera la nobleza de un Montmorency (“ni maltrato a un inferior ni me arredra un superior”) o la fiera altivez de un Rohan (“roi ne puis, comte ne daigne, Rohan je suis”) o el genio guerrero de un Condé; si sus miembros tuvieran la brillante prodigalidad de un Buckingham, la erudición de un Alberto de Luynes o siquiera la filantropía del último tocinerero de Chicago; si fueran elegantes como Sagan, epicureos como Lauzun, administradores como Louvois, valientes como de Guisa o profundos como La Rochefoucauld, no exageraríamos nuestro san-simonismo (“a cada cual según sus capacidades; a cada capacidad según sus obras”); si las momias de sus antepasados pudieran inspirarnos algún respeto, si hubiera alguna tradición que respetar en sus señorías; si el feudalismo mexicano fuera una verdadera “aristocracia” “hereditaria”, un “nobleza obliga” o una “élite” democrática o un samuráismo guerrero; una selección intelectual, moral o física; si en nuestro feudalismo nacional viéramos el menor reflejo, el menor brillo del feudalismo francés cuyo poder político fué abolido desde antes de la Revolución por Luis XI; si los “Señores” mexicanos, iguales a cualquiera en las ciudades, pero dueños absolutos de vidas y haciendas en sus bajalatos, fueran algo, si fueran otra cosa que el resultado de varias generaciones de holgazanes sin responsabilidad, sin obra, sin esfuerzo o de palaciegos sin cultura, sérviles y acomodaticios, no hablaríamos del

"criollo" tanto como vamos a hablar en estos apuntes. El criollo representa, en México, el quince o veinte por ciento de la población total y si solo una parte de la casta es latifundista, el "criterium" en todos, es el mismo. Ese es el criterio que nos proponemos combatir.

Después de un siglo de vida propia, México no ha podido constituirse en "nación." Nacer en el mismo suelo, obedecer a las mismas leyes, ser gobernado por el mismo gobierno, son cosas que no bastan, pues salvo el nacimiento—cosa accidental—los mismos títulos tendría un extranjero para formar parte de esa nación. La analogía de mentalidad, la comunidad de sentimientos, de intereses, de ideales, de usos y de lengua, son elementos indispensables para constituir lo que se llama "una nación." La ausencia de varios de estos elementos en los heterogeneos grupos que hoy forman el Imperio Austro-Húngaro, hace predecir a ciertos observadores su dislocación inevitable.

La República Mexicana está dividida, concretamente, en dos grandes grupos; el uno, el aborigene, enorme, pero dislocado, sometido; el otro pequeño, pero organizado; creciendo cada día el uno; reduciéndose el otro por la escasez de inmigración blanca. Hoy día habría que cesarse voluntariamente para no ver que el Indio compondrá siempre y de más en más, la gran mayoría de sus habitantes.

La gloria de Madero consiste sobre todo en haber comprendido que de las disposiciones de esta mayoría tenían que depender, inevitablemente y en último análisis, los destinos de nuestro país. Su caridad le reveló la existencia de un mal que todos codeaban, pero que nadie se atrevía a formular. El corazón, también, tiene sus razones, dicen los franceses. Los ojos del corazón ven a veces más hondo que los ojos del entendimiento. Si el Indio estuviera civilizado, si amara a una "patria" como ya hoy es devoto de su suelo, si se le incorporase a ella,

el Indio marcharía resueltamente en la vía del progreso; pero como por el contrario, el gobierno del General Díaz se despreocupaba totalmente de estas cuestiones, la barbarie del indio separado de sus hermanos criollos, se prolongaba indefinidamente sin que a nadie se le ocurriese poner remedio a una situación erizada de mil peligros, "cargada de dinamita" según la exacta expresión de "Cráter," México seguiría dividido en dos partes, de las cuales, una tendría que usar sus fuerzas constantemente en contener y aplacar a la otra.

El mantenimiento del sistema aristocrático español, es decir, la clase ibera o criolla erigida en verdadera casta, provista de privilegios de toda suerte y la clase indígena mantenida en el embrutecimiento para mejor hacerla soportar el yugo, el mantenimiento de semejante régimen tenía que producir de dos cosas: una o el régimen lograría seguir impidiendo que los indios se civilizasen, en cuyo caso seguirían estos siendo una masa socialmente pasiva e ignorante,—imposibilitando así, al propio tiempo, la inmigración blanca que no podría competir con su baratura—y e staría siempre dispuesta, en momentos críticos, a responder al llamamiento de cualquier agitador que se le presentase; o, lo que parece bastante posible, los indios, arrancados por fin de su inercia por el espectáculo de la civilización que se les dejaba entrever, se civilizarían a pesar de todo y entonces, a medida que fueran ilustrándose, la enorme fuerza de resistencia que hay en ellos, cedería el lugar a un odio consciente hacia los que se obstinaban tanto tiempo en someterlos a una condición inferior y degradante.

Hasta el momento preciso de la aparición de Madero en la escena pública, el país entero, pero muy notablemente la parte central, más sometida que el resto a la nefasta influencia porfiriana, encontrábase abismado en una cobardía enfermiza, una especie de temblor crónico que le hacía mirar, con bíblico terror, el menor esfuer-

zo en pro de la reconquista de sus perdidas libertades. El mismo caudillo de los reyistas, no obstante que se sentía apoyado por la opinión que había llegado a hacerse "cualquierista" y aún por buena parte de militares impacientes o despechados, escondía cuidadosamente, con delirio indeciso, el enjuto programa de sus impotentes ambiciones. Un miedo vertiginoso prosternaba los corazones en un abismo de relajamiento y de baja. Por boca de uno de sus miembros más distinguidos, aquella sociedad había expresado el preciso estado de su ánimo: "iremos hasta la ignominia". A la sola idea de "querer", de manifestar la voluntad de hacer algo, los ciudadanos palidecían sin que ninguno se percatase de su abyecta renunciación, del sacrificio de su civismo y su conciencia. Publicistas, militares, políticos, todo el mundo seguía al hombre cuya voluntad ya decrepita, imperaba sobre todos los ciudadanos, conductores y conducidos. Ante aquel domador implacable y bajo el influjo del pavor general, la República asemejábase a una gran jaula de animales domesticados. Ante las más infames encarnaciones de la autoridad, la nación entera se inclinaba olvidando el apotegma de Kant: "el que se hace gusano no debe esperar otra cosa que ser aplastado" y daba al mundo, como Guatemala, su vecina y hermana menor, el humillante espectáculo de una república sin fé republicana, de una república despótica que ponía en los altos puestos no a los mejores ni a los más dignos, sino a todos aquellos que se sintieron más capaces de violar el irrisorio juramento constitucional con cuyo exergo su autoridad daba principio revelando así, desde el primer instante, el alma de un nuevo verdugo o la conciencia de un nuevo lacayo.

De regreso en su país, Madero comprendió bien pronto las hondas causas del malestar público. El joven estudiante de Versalles había formado su espíritu en la armonía de aquellos vastos jardines, los más bellos del

orbe, y nutrido con heroicas y sanas lecturas. Al regresar a su país, en pleno entusiasmo, con la vida en flor y el corazón caliente de civismo, pudo decir como Bolívar: "los americanos, en el sistema español que está en vigor hoy más que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo".... Desde su llegada, juzgó de las cosas de su país con apreciación exacta. Su carácter serio y franco, pero al mismo tiempo cordial y alegre, le conquistaron desde luego la amistad de todos sus coterráneos. En aquel pueblo de San Pedro de las Colonias, encajado en el centro de la próspera región algodonera, residencia de los principales mineros de Naica, el dinero abunda y se derrocha con exhuberante fantasía. Sus amigos hablan de aquellas locuras juveniles, sorprendidos aún del cambio completo que aquel jovial soltero trajo a su hogar cuando, casado, la genial alegría de su vida tornose en una plácida gravedad que parecía ensombrecerla por la idea fija. Consagraba su vida al cariño de su esposa, a sus importantes trabajos agrícolas y a la iniciación y sostenimiento de obras benéficas que, desde entonces, jamás dejaron de ocupar su atención. Cierta fatalismo árabe—vago vestigio de su raza paterna—imprimía a la mirada ardiente de sus ojos pardos una expresión de sinceridad, de audacia y de firmeza que interesó siempre la atención de cuantos espíritus analíticos lograron aproximarsele. Con el alma limpia, despojado de toda costumbre, de todo prejuicio, por su larga reclusión meditativa en los colegios del extranjero, no se conformaba ni se sometía al uso, la tradición, la fórmula, sin antes preguntarse si eran buenas o malas, pues no ignoraba que hay cosas que la superstición pública idolatra y que no son otra cosa en suma, que los muñecos pintados del profeta. Antes de que germinase en su cerebro la idea redentora, en las conversaciones con sus amigos empezó por manifestarse opuesto a los falsos prestigios, a los falsos ídolos. Iconoclasta por educación, la claridad y la lógica de su inteligencia tenían que llevarlo, por la dia-

ria observación de las desgracias nacionales, a la magna idea de la Redención India por la única fuerza capaz de oponerse a las tiranías seculares: la DEMOCRACIA.

Madero no se adelantó a su época. Su figura surgió en el momento más propicio para la difusión de su doctrina. Sin su aparición en aquel momento, el sucesor del Gral. Díaz se habría llamado Bernardo Reyes o Emiliano Zapata. Los criollos disidentes de la oligarquía "científica," ayudados por el pretorianismo resurgiente, se preparaban a imponer al pueblo, en las sombras rojas del dos de Abril, un nuevo gobierno más fiero y mucho más peligroso aún que el antiguo, el cual, aunque nunca saciado, como Mesalina ("lasciata ma non saziata") representaba al menos cierta respetabilidad, cierta opulencia no exenta de grandeza y en su seno se encontraban las únicas inteligencias de la República que pudieron, por un hábil juego de complicidad y sumisión, escapar a la racha porfiriana. El reyismo, refugio de medianías fracasadas, se presentaba con el vientre vacío y aguzados los colmillos, agresivo pero prudente como zorro hambriento. No obstante, el cansancio de la opinión era tal, tan grande la antipatía de todo el mundo por los "científicos," que toda la clase criolla, respaldada por buena parte del elemento militar y fortalecida por el contingente urbano, ávido de novedad y de barullo, seguía con vacilante entusiasmo a aquel grupo de agitadores que reflejaban el espíritu nebuloso e indeciso de su patrón y en cuyo programa no entraba otra idea que la suplantación de los "científicos" y el reparto de los puestos públicos.

Pero si la agitación reyista bullía en las ciudades, otro elemento más formidable preparábase también, en la sombra, a decir su palabra. La corta visión política de los reyistas jamás la tuvo en cuenta. Oprimido y mudo, el dolor mexicano, viejo de cuatro siglos, se había refugiado en la soledad de los campos o en las alturas de las montañas. Gemía en silencio, atesoraba sus lágrimas para convertir el todo, llegada la hora, en rugidos y fu-

silazos. (1) Aquel dolor era hondo, viejo y reconcentrado. Sus lamentos no llegaban siquiera a las capas intermedias de la sociedad. Ni el Gral. Reyes, ni su criollera, ni el mismo obrero de las ciudades, influenciado por la general mansedumbre de las clases directoras y la eterna impostura de los periódicos, comprendieron jamás la solemnidad de aquel silencio. La semilla de Hidalgo tenía que germinar en aquellos corazones al primer grito de un Zapata, de un Villa o del primer vindicador fuerte y capaz de marchar por los campos sobre las ametralladoras federales.

El pueblo rural no tomaba parte alguna en la deliberación política de las demás clases; pero el sentimiento criollo, al iniciar Madero su arriesgadísimo apostolado por el territorio de la República para ponerse en contacto con el pueblo levantando su espíritu, el sentimiento criollo, digo, se manifestaba francamente reyista dentro de la ex-archivada fórmula del antirreeleccionismo. Su candidato,—prestigioso personaje propicio al incurable fetiquismo de la raza—era reconocido como el más aventajado discípulo del viejo gobernante que se trataba de derrocar o de suceder. Las íntimas aspiraciones de

(1) Sabido es que en el campo no sólo hay mayor salud física sino también mayor salud moral. Además, mientras el urbano tiende al gage, a la holganza, al parasitismo, el hombre del campo tiende al trabajo, a la tierra, a la conquista de la tierra para trabajarla. El gran hacendado, de mentalidad "clubista" atrofia sus sentimientos en el placer y el ocio. Los psicólogos dicen que la riqueza, por lo general, endurece los corazones. La gran masa social no puede esperar su salvación o su mejoramiento de los más ricos sino de los más cultivados. Por eso gritaba el patriarca del socialismo contemporáneo: la redención de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos.

El principal daño que la política de perpetuación del General Díaz trajo al país, fué la creación de una burocracia estancada. Todo personal que se inmoviliza, acaba por descomponerse, como se descomponen las aguas estancadas, las aguas quietas. Se concibe que ciudadanos prominentes, por sus virtudes cívicas, por sus talentos o por sus extraordinarios servicios a la comunidad, sean recompensados por el pueblo con la renovación del mandato que los llevó al congreso, al municipio, al gobierno, pero en México todo funcionario pretende ser perpetuamente legislador, perpetuamente consejero, perpetuamente gobernador, perpetuamente jefe político. De aquí que una República se convierta en feudo, en patrimonio de una casta.

aquel partido se inspiraban en la vieja modalidad española: "quitate tú para ponerme yo". Por poco que se examine en su fondo la tendencia "anti-científica", se encontrará siempre esa esencia en el sentimiento oposicionista de aquella época y nada prueba mejor que aquella tímida y reticente campaña, la persistencia de la idea oligárquica en el espíritu de nuestras clases blancas. Convenía la "democracia", porque esta conduciría fatalmente a la autocracia del elegido magnate. Convenía el "sufragio efectivo", porque la masa urbana, conducida a las urnas, habría votado por Reyes arrancando así el gobierno de las manos de los científicos encumbrando a éste. Convenía la "no-reelección".... de don Porfirio y de Corral particularmente porque traería la subversión de los poderes en beneficio de la nueva oligarquía. (1).

Pero Madero comprendió toda la trascendencia de aquellas dos fórmulas que, en manos de un Gobierno verdaderamente humanitario y progresista, encerraban el secreto de la Redención India en un país cuya población contiene una enorme mayoría de indios (45 por ciento de mestizos y 35 o 40 de indios puros). Su pensamiento, mucho más vasto y radical, no se dirigía contra la transitoria oligarquía de los científicos. A sus ojos de redentor, lo mismo eran científicos que liberales, reyistas que conservadores. No podía compartir en su intensidad aquel sentimiento, porque conocía el mal en su raíz y sabía que la herencia colonial hecha de inercia, de opresión y de logro, había siempre gobernado el país bajo el cartel de yorkinos o escoceses, centralistas o federalistas, liberales o conservadores, y seguiría gobernándolo con mayor o menor despotismo mientras no se sacase de

(1) En un banquete que se le ofreció en Monterrey pocas semanas antes de su elevación a la Presidencia, el Apóstol se dirigió al Gobernador del Estado cerrando su discurso con estas palabras: "Señor Licenciado don Bibiano Villarreal, así se sirve al pueblo." Esta alusión al célebre cumplimiento del Presidente Díaz al Gobernador Reyes, presenta a maravilla el contraste de los dos sistemas, de las dos mentalidades.

la masa misma de la nación el virus de fuerza necesario a su transformación y su progreso, haciéndola intervenir, prudente y gradualmente, en los asuntos públicos por medio del voto, la deliberación y el poder; pues todos aquellos partidos, sin excluir al presuntuoso y estéril Partido Liberal habían sangrado al pueblo y lo dejaban que, carcomido por el hambre, humillado y mudo, se consumiese y "siguiera revolcándose en su áspero lecho de miseria" según la gráfica expresión de un anónimo escritor cuyos interesantes apuntes copio en seguida:

"Nuestra guerra de independencia, una vez abortado el movimiento popular e indígena, tuvo desde el punto de vista social una sola y deplorable consecuencia: el predominio absoluto y sin freno de la alta burguesía, lo mismo en las ciudades que en los campos, lo mismo sobre los jornaleros que sobre los artesanos".

Como el intento de emancipación rural fracasó y no era tiempo todavía de que se iniciara con vigor el movimiento obrero, la situación económica del país continuó como antes estaba; las clases trabajadoras no tuvieron el menor alivio ni la más mínima ventaja, el régimen feudal permaneció inalterable y el peón del campo siguió siendo, bajo la República, tan explotado y miserable como lo había sido bajo el imperio de los virreyes. Sólo que, al faltar a los indígenas el generoso apoyo de los monarcas españoles y la sabia protección de las leyes indias, los hacendados y los ricos se encontraron en aptitud de abusar a su antojo, y los despojos de tierras y aguas, refrenadas antes por multitud de leyes que algunas veces violaban, pero que muchas otras se cumplían, alcanzaron bien pronto una intensidad y una frecuencia que nunca conocieron los tiempos coloniales."

Y después de otras consideraciones históricas, el mismo escritor recuerda las siguientes palabras del honrado don Ponciano Arriaga:

"La sociedad, en su parte material, se ha quedado la misma: la tierra en pocas manos, los capitales controlados, la circulación estancada. Todos los que estaban

fuera de las ventajas positivas de tal estado de cosas, buscaban su bienestar en la política y se hicieron agitadores. Y todos los que disfrutaban esas ventajas las saborearon y se hicieron egoístas”.

Madero no hizo la Revolución, pues las revoluciones no las hace un hombre. Cuando la Revolución estaba “hecha” en las conciencias, cuando se hizo “inevitable,” Madero se puso al frente de ella y cuando triunfó, en vez de asaltar la presidencia, gallardamente y por primera vez en la historia de su país, hizo que la voluntad nacional expresase su voto. La transacción de Ciudad Juárez inauguró su política de “cooperación de clases”, que conciliaba los intereses y devolvía la paz a todo el mundo. Madero era un sincero: no hay grande hombre sin una gran sinceridad. El tratado de Ciudad Juárez fué el abrazo generoso del pueblo vencedor al vencido plutócrata. “Eliminado Porfirio Díaz, — dice un inteligente escritor cubano, — el interés de la gente de orden y de capital estaba en ponerse de parte de Madero. Cuanto más fuerza se le hubiere dado por la derecha, tanto más fácil le hubiere sido contener a la izquierda y conseguir que en la obra, *ineludible*, de las reformas, se procediere con prudencia.”

“Los científicos, los latifundistas, los privilegiados, los hombres de interés en general, han cometido un gravísimo error, que le está costando caro a México y que a ellos también puede costarles; porque se exponen a que la revolución actual, cuando triunfe, ejercite represalias y realice por la fuerza lo que Madero no quiso hacer sino por medios legales y benignos, en concordancia con su benevolencia y la inquebrantable rectitud de su espíritu. Hoy la reforma agraria, base de la regeneración de la raza india y que crea una clase numerosa de pequeños propietarios, se hará por medio del despojo de los grandes terratenientes que los adquirieron ilegítimamente; mientras que si Madero hubiera seguido en la Presidencia, esa transformación se habría realizado de una manera legal, con respeto al derecho e indemnizan-

do a los dueños de las tierras apropiadas.” Un librito de autor desconocido decía algo semejante, pocas semanas antes de la caída de aquel ideal Presidente: “Los hacendados y hombres de intereses en general, deben reconocer que al adelantarse a la muerte del General Díaz y poner en la Presidencia a un jefe fuerte, legítimo y patriota, la revolución salvó al país y a los intereses de una terrible hecatombe. La revolución no creó males que existen desde cuatro siglos y que el sistema porfiriano en lugar de corregir, puso en virulencia. Para curarlos, la revolución tuvo que descubrirlos; pero con la otra mano mostró el remedio cuya aplicación depende del apoyo que el país, hoy árbitro único de sus propios destinos, sepa prestarle.” El referido folleto, aparecido pocas semanas antes de la Traición, contiene además las siguientes curiosas profecías: “Además, — refiriéndose a los sistemas de reclutamiento — en un punto de vista más positivo, el servicio militar obligatorio aboliría al ejército permanente, la existencia de un grupo de hombres con costumbres, ideas y sentimientos diferentes de los del resto de la Nación y que puede, en momentos nefastos, convertirse en verdadero peligro....” Y poco más lejos: “Cualesquiera que sean la alharaca y el tumulto de los malvados, expresados a gritos o a balazos, la verdad y la justicia acabarán por abrirse paso. La bandera de la legalidad está en manos de un hombre que, él solo, sobre los ministros traidores, sobre los capitalistas corruptores y sobre los generales conspiradores, representa el *tenax propositi* de los verdaderos ideales mexicanos y tras de él otros habrá que, cualesquiera que sean las revoluciones futuras, así se hagan para derribar sociedades caducas agarrándolas por las entrañas o para llevarlas al poder con gentil gesto de cortesano o con vil genuflexión de lacayo, otros habrá que persigan, en la sombra o en plena luz, el triunfo de lo justo sobre lo inicuo. El pueblo mexicano tuvo la fortuna de ver a la cabeza de sus reivindicadores a un patriota puro, convencido y perfectamente resuelto a dar a cada uno lo

que es suyo: al criollo lo que es del criollo, al indio, lo que es del indio, y lo suficientemente civilizado para hacerlo con taza, con prudencia, sin sectarismo, sin peligrosos apresuramientos, dentro del más profundo respeto a todos los derechos; pero acabando con la vetusta tradición que quiere que el indio, infeliz paria mal nutrido, sea el que en este país lo pague todo, en sangre y oro. En la oscura selva de los acontecimientos un punto brilla: el designio de la conciencia nacional. Que las cabezas se descubran y las frentes se inclinen: el indio, regenerado, acabará por tener pan, libro y cobija. El voto de Humboldt será cumplido por la voluntad incontestable del pueblo." (¡Piedad para el Indio! 1913.)

Si la inconcebible traición de Huerta, sancionada por todos los grupos adversos a la idea revolucionaria, vino a despertar una mortal guerra de odios, las relaciones entre los partidos eran bien diferentes cuando Madero ascendió al poder. El eclecticismo, el indoctrinarismo del Apóstol y la ausencia de verdaderos rencores entre las clases, lo colocaban en privilegiada posición para intentar, en generoso y postrer esfuerzo, la cooperación de todos los partidos en pro de la regeneración del Indio, base verdadera del engrandecimiento nacional. Su apego a la ley y al orden, tanto como su origen aristocrático, sus inrompibles ligas de parentesco con la más activa, industriosa y próspera familia de la República, eran una preciosa garantía para la estabilidad de los intereses; como su probado amor al pueblo, su genial y prolongado sacrificio, eran una firmísima garantía para el mejoramiento de las clases populares. Madero, delegado del pueblo, era una ideal figura para la defensa de los intereses creados, una figura providencialmente surgida en catastrófico momento, para la conciliación de todos los intereses en un abrazo del pasado con el porvenir; sin atender a que, aún en tiempos normales, la cooperación de los partidos a los fines del progreso es una necesidad en la lucha entre los agregados sociales, superior a las

divergencias que agitan a las partes que los componen. Mientras no interviene el odio ciego, mientras duermen las pasiones personales, mientras se combate con las ideas y no con las personas, la lucha de clases, exacta en sentido relativo y estrecho, deja de serlo en cuanto se trata de superiores intereses. Los intereses comunes entre un hacendado y un peón, entre un gran terrateniente y un pequeño agricultor, no son siempre necesariamente antagonistas. "La actividad económica de un país—dice Fourier—crea "varios" intereses diversos correspondientes a los pequeños propietarios, a los pequeños agricultores, a los pequeños industriales." El antagonismo o la concordia de intereses no son simples; hay intereses colectivos que son comunes a toda la humanidad, a toda una nación, a toda una clase, pues el principio darwiniano del mundo biológico no siempre se repite en las luchas del mundo social.

El lento y superficial criterio de las clases acomodadas no pudo comprender que Madero, sediento de justicia, enamorado de paz y fraternidad sociales, recto y patriota antes que todo, había encontrado en Ciudad Juárez la fórmula bendita que traía el acuerdo a su conciencia de civilizado y la armonía a la nación que estaba llamado a gobernar, pues aquel gran vidente no podía ignorar que la revolución prolongada es ruina y que la potencia de un pueblo se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza. Si la revolución era inevitable, si estaba en todas las conciencias, ¿quién mejor que aquel aristócrata reformador, agente vivo de todos los intereses, expresión de la ley, apoyado en la ley y en el pueblo, quién mejor que él para contener el aluvión de vindicta y violencias de toda suerte? ¿La postración del pueblo indio debía ser eterna? ¿Se le condenaba a inexorable, a perpetua servidumbre? ¿Nada podía cedérsele, nada debía hacerse en su beneficio? ¿La espoliación, el abuso, debían, pues, mantenerse como inmutable ley? Jamás clase alguna cometió tan grosero error de psicología social, negándose a reconocer, con altivo y vehe-